

ironiza: por el contrario, su planificación enfatiza la paridad de los dos grupos y la dificultad que tienen para entenderse; el guión suspende el debate —cuyo desarrollo se torna inviable a partir de la última frase— cuando llega la policía con un diputado envuelto en el conflicto.

*La casa en que vivimos* no avanza en este desarrollo; lo expone como parte del complejo cuadro de opciones que empieza a asediar a una familia de clase media al despuntar la década del 70. Y lo suspende sin juicio sobre el desenlace, aunque luego sabemos que Julio, fiel a su idealismo y a su vocación mediadora, se convertirá en el futuro en un profesor primario.

### CALICHE SANGRIENTO

La primera película chilena acerca de la Guerra del Pacífico partió con un conflicto. Su director, Helvio Soto, quería proponer un alegato acerca del origen imperialista de la conflagración que enfrentó a Chile con Bolivia y Perú en las tierras desérticas de Atacama y Tarapacá.

La base serían las tesis revisionistas apoyadas en el materialismo histórico, según las cuales las compañías salitreras inglesas, estadounidenses, francesas y alemanas digitaron la guerra en función de sus intereses. Por supuesto, no eran textos que agradaran a las Fuerzas Armadas chilenas ni, más en general, a las instituciones del Estado.

Los mandos militares representaron su molestia ante el ministro de Defensa. El 1° de septiembre de 1969, el Consejo de Censura Cinematográfica declaró “rechazada” la película. La producción apeló, y el 15 de septiembre se le mantuvo esa rotulación, pero ahora sujeta a un informe del Ministerio de Relaciones Exteriores<sup>7</sup>.

Ni el Consejo ni el Ministerio conservan registros de lo que ocurrió después. De los recuerdos de Soto se sabe que fue citado por el presidente

---

<sup>7</sup> Actas del Consejo de Censura Cinematográfica, Santiago de Chile, 1° y 15 de septiembre de 1969.

del Senado, Salvador Allende, para decirle que su visión del Ejército chileno era equivocada. Tampoco hay registros de este debate en el Senado. El Ejército consideraba que dos aspectos afectaban su imagen histórico-institucional: la violencia excesiva desplegada contra los peruanos y la continua insubordinación, revestida de debate ideológico, de un oficial respecto de su superior.

Pero, al fin, la película se estrenó sin cortes ni restricciones. Como resultado del debate nacional, la recepción fue explosiva: se convirtió en una de las cintas chilenas más vistas (unos 115 mil espectadores), sólo superada hasta entonces por *Ayúdeme usted, compadre* y *Tierra quemada*.

La voluntad de provocación histórica es anticipada por el prólogo verbal del relato (sobre grabados y fotos de la época), según el cual en el desierto de Atacama, que “hoy no sirve de mucho”, floreció la codicia del salitre (caliche, en el lenguaje de los obreros), y a partir de ella el estallido de la guerra, el 1° de marzo de 1879. La descripción no muestra interés por explicar cómo pudieron los capitales extranjeros provocar la guerra; no hay una línea sobre esto. Su tema es debatir quién se quedará con las riquezas una vez que concluya el conflicto; este es el centro del discurso inicial y el de las discusiones posteriores. La situación precisa de la historia (marzo de 1880, tras un año de guerra) se entrelaza con esto:

**Narrador:** Mientras se discutía en Santiago si el caliche sería conservado por el pueblo o sería entregado a la especulación particular, el Ejército chileno caminaba de Ilo a Moquegua, en pleno territorio peruano, para caer tras el enemigo atrincherado en Tacna y Arica. Miles de soldados chilenos marcharon sin agua y sin víveres, en una aventura mal dirigida que pudo ser la peor catástrofe de la guerra. Cansados, sedientos, algunos marchando sin rumbo, esos hombres vivieron un duro y dramático episodio. Entre aquellas tropas, marchaba el gallardo Regimiento Santiago, el 5° de Línea. Esta es la posible aventura de diecisiete de aquellos hombres.

El texto no podría ser más inespecífico en localización. Aun olvidando la ubicación de Soto en su propio presente (a la fecha de la guerra, todo el territorio en disputa era peruano, y no sólo el tramo entre Ilo y Moquegua), y también su juicio sobre la campaña militar (“una aventura mal dirigida”), lo que propone no es una revisión historiográfica, sino una especulación ficcional (“la posible aventura”).

La secuencia de apertura muestra al pelotón marchando dificultosamente por el desierto. Para estimularlos, el capitán inicia un estribillo rebosante de picaresca sexual, que para el estreno debió ser una segunda provocación, esta vez para la Iglesia Católica:

**Coro:** Un cura flaco y seco en mi pueblo confesaba  
a beatas, viejas sapas y señoras del lugar.  
Las beatas y las viejas lo miraban muy golosas  
Y el cura, viejo zorro, las dejaba golosear.  
¡Échale pimienta a las pancutras, vieja sapa,  
*pa'* que el cura olvide las sotanas, y ayayay!

Los soldados se sienten perdidos y desconfían del capitán, que no conoce la zona. El capitán quiere avanzar por el desierto para apoyar la operación de pinzas con que el Ejército chileno quiere cercar al Ejército de Tacna. El teniente Gómez, que es un abogado de Santiago, preferiría que marcharan por la costa. Esta contradicción irrita al capitán:

**Capitán:** —No me gustan los civiles, señor Gómez... Porque se olvidan de las órdenes.

Este será el motivo dominante de las relaciones entre los dos jefes del grupo. Pero antes que eso, conviene repasar la estructura de *Caliche sangriento*.

## TRES PARTES, DOS DEBATES

La primera parte se concentra en los dolorosos detalles de la marcha forzada: la sed, el sol abrasador, el frío congelante de las noches, las botas que se pegan a la piel, la instrucción de guardar la orina en las cantimploras. En un momento, los soldados ven a algunos enemigos en una quebrada y los atacan salvajemente con sus bayonetas... sólo para descubrir que están muertos. En otro, un grupo de soldados peruanos, desarmados y enloquecidos por la sed, corre hacia el pelotón, que los fusila a todos.

La violencia no se descarga sólo contra el enemigo. Un soldado que intenta huir es liquidado de un balazo por el capitán. Otro asesina con su corvo a un compañero porque durante la noche “estaba difariando”. En los primeros 35 minutos, el grupo ha perdido a tres hombres y se siente más extraviado que nunca.

En este punto, el capitán se exaspera con las dudas del teniente Gómez:

**Capitán:** En esta zona tiene que haber un caserío. Allí encontraremos agua. Espero que sea pronto.

**Teniente:** ¿Usted cree que estamos en esa zona?

**Capitán:** Hablemos claro. Nosotros no nos entendemos, teniente, pero eso importa poco. Si su capitán dice que estamos en la zona, es porque es así. Es la manera de ganar una guerra.

**Teniente:** Trataré de aprenderlo.

**Capitán:** Será mejor para todos. No necesita pensar.

**Teniente:** Es penoso saber que en una guerra no se piensa.

**Capitán:** Se piensa sólo para la guerra

**Teniente:** ¿Lo dice con orgullo?

**Capitán:** ¡Usted está en la guerra más grande que conoce América! ¡Si quiere que la ganemos, haga sólo lo que le ordenan!

**Teniente:** No la vamos a ganar nosotros. Los vencedores serán los ingleses, o los yanquis. Esta guerra la ganará Gibbs y Compañía, o

Gildemeister, o Dreyfus, cualquiera de esos. Esta es una cuestión de plata, capitán, no de honor.

**Capitán:** Cosa que usted no tiene. Si tuviera honor, sabría que su bandera es la de Chile.

**Teniente:** Lo sé. Por eso estoy aquí. Pero ahora me da pena que hayamos sido arrastrados a una guerra por unos enemigos que usted no quiere ver. Y que no son ni peruanos ni bolivianos.

**Capitán:** ¡Curiosa tontería! ¡Eso es política! ¡No me interesa!

**Teniente:** ¡Una guerra es un asunto de política, no de banderas, capitán!

**Capitán:** ¡Politiquería!

**Teniente:** ¿No sabe que hemos ganado el desierto más rico del mundo? No entreguemos entonces el salitre, y menos a los comerciantes extranjeros.

**Capitán:** Puede que los políticos estén ahora muy espantados pensando en lo que harán. No se preocupe: si son políticos, cambiarán de parecer de la noche a la mañana. Allá ellos. ¡Esto es una guerra, no una asamblea!

**Teniente:** ¡Es una asamblea también! Nuestro gobierno está ahora hablando de entregar las salitreras. Nosotros decidimos aquí la victoria, pero será una derrota si dan el salitre a los que nos metieron en esto. Déjeme usar mi libertad de pensar y hacer la guerra con los ojos abiertos. Sé que tenemos que sacrificarnos para ser dueños de nuestro territorio, pero si las riquezas son de extranjeros, es mentira que somos libres. Si se entrega todo el tesoro de una tierra conquistada por Chile, ¿cuál es nuestra ganancia? ¿Qué darán a la viuda del soldado que usted mató para cumplir con nuestro deber?

**Capitán:** ¡No soy político como usted y sus amigos de Santiago! Llevo años defendiendo territorios de su país, señor Gómez, y no sé lo que harán con ellos ni me interesa. Pero por ahora sólo obedézcame, y le irá mejor.

Como puede apreciarse en el solo texto, el debate que introduce el teniente Gómez es artificial y totalmente irrelevante para la situación que están viviendo. Ninguno de ellos tiene cómo incidir en la discusión sobre quién administrará la riqueza, y la respuesta a tal cosa no modificaría en nada la posición ya desesperada del pelotón. El capitán tampoco lo hace mejor: su insistencia en la disciplina y su rechazo a los políticos suenan a puro resentimiento y no aparecen respaldados por un dominio tan superior de las tácticas de guerra.

Soto tampoco filma esta escena con particular inspiración. Su cadencia de planos y contraplanos tiene corrección técnica, pero no agrega valor a la retórica de los personajes, cuya raíz teatral podría incluso prescindir de las imágenes.

En los 40 minutos siguientes, el capitán divisa por fin un caserío y ordena asaltarlo. Los dos hombres y las dos mujeres que hay en la casa son tratados con violencia por la tropa. El capitán nota que hay más víveres de los que necesitan, e interroga brutalmente a uno de los hombres. Después de golpearlo, el capitán obtiene la información de que un tal Faúndez, a cargo de una montonera, vendrá desde Tacna. El teniente observa el interrogatorio con evidente molestia. La planificación de Soto permite que esa tensión se deslice en segundo plano a lo largo de la secuencia.

En cuanto el interrogado es expulsado de la habitación, el capitán emplaza al teniente para que le explique su molestia. Previsiblemente, el teniente le reprocha la violencia empleada contra un hombre viejo. Entonces estalla la segunda discusión con carga ideológica, y otra vez Soto utiliza un modelo de plano-contraplano que da más relevancia al diálogo que a su significación visual:

**Capitán:** ¿Y qué quiere que hagamos entonces? ¿Cuándo mierda va a entender que esto es una guerra?

**Teniente:** ¡Estoy haciendo esta guerra con usted! ¡Igual que usted!

**Capitán:** ¡Entonces debiera saber, o quedarse tranquilo, o explicar lo que quiere!

**Teniente:** Se lo puedo explicar. ¡Usted no tiene idea por qué está metido en esto! Yo sí, y se lo explicaré, siempre que no me grite.

**Capitán:** Hable... cagatintas.

**Teniente:** No se olvide que soy chileno y que tengo tanto amor como usted por mi país. Los militares no son los únicos que defienden a Chile, ni son los que lo defienden mejor. La guerra comenzó porque los salitreros pidieron al gobierno que les defendieran a tiros sus minas.

**Capitán:** Hay chilenos en el salitre, señor Gómez.

**Teniente:** ¡Banqueros! Aliados con los comerciantes extranjeros.

**Capitán:** ¡Chilenos!

**Teniente:** ¿Usted cree que a ellos les importan los muertos de esta guerra? El dinero inglés, y el alemán, o el francés, o el norteamericano, encuentran siempre a quien corromper. Ya corrompieron a los peruanos y los arrastraron a esta guerra. Se trata de pelearse por nuestras riquezas, capitán. Ellos se quedan con el guano y el salitre, pero los muertos los aportamos nosotros. ¿Es feliz siendo un socio de esa clase? ¿Sabe usted que las entregaremos ahora que somos vencedores de Tarapacá? Contesté, mi capitán, ¿con qué se pagará a los rotos el sacrificio que han hecho?

**Capitán:** Bueno...

**Teniente:** No, no me venga a hablar de la bandera ahora. No es el caso. Saldremos de esta guerra mucho más pobres de lo que éramos, mi capitán. Usted y yo estaremos orgullosos, y con justicia. Somos testigos de lo que es capaz nuestro pueblo.

**Capitán:** ¡Ah! Menos mal que reconoce algo.

**Teniente:** Sí, pero el dinero extranjero no es mi pueblo, ni los ricos chilenos que se han aliado para provocar esta guerra son mi pueblo.

**Capitán:** ¡Eso es política! No vale nada

**Teniente:** Sí, es política. ¿Por qué le molesta, mi capitán?

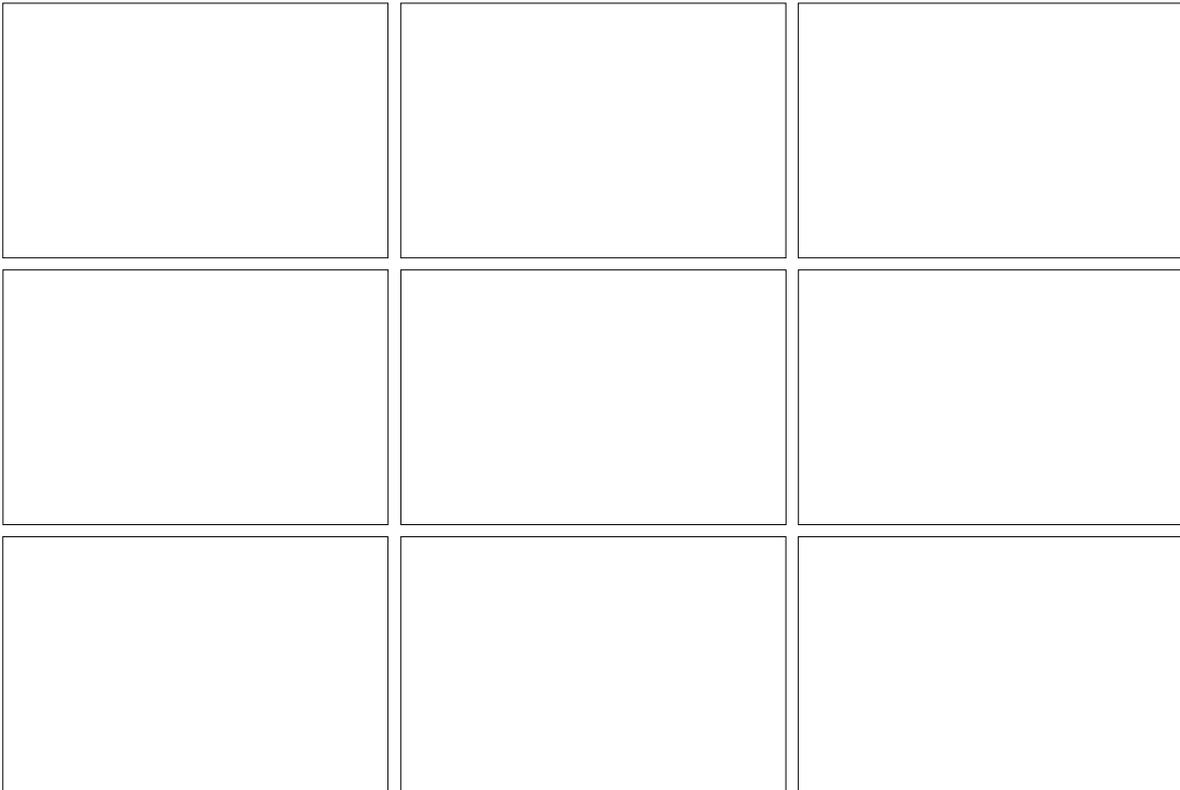
**Capitán:** Me molestan los políticos. ¿Sabe por qué? Porque están

siempre detrás de las cosas. No al frente. ¿Usted seguramente se refiere al diputado Balmaceda, no es eso?

**Teniente:** Sí.

**Capitán:** Que yo sepa, él está bien lejos de aquí, señor Gómez. Opinando seguramente, criticando, pero no aquí. Supongo que entre los muertos que aportaremos, según usted, no estará el diputado Balmaceda...

**Teniente:** Usted no sabe lo que dice.



“Caliche sangriento”: El capitán interroga a golpes al prisionero peruano y luego amenaza con dispararle a la cabeza. El teniente contempla la escena en forma pasiva, sin decir nada.

**Capitán:** ¡Hago lo que debo hacer, teniente! ¡Agradézcame a mí el estar vivo todavía!

**Teniente:** ¡No le agradezco nada! ¡Sólo trato de hacerle ver que estamos metidos hasta el cogote en este lío, y que es usted el que debería...!

**Capitán:** ¡Ahhhh!

**Teniente:** ¡Entiéndalo bien, mi capitán! ¡Mientras haya en América un grupo de dictadores apoyados por militares corrompidos, el dinero extranjero siempre tendrá la posibilidad de emputecernos!

**Capitán:** ¡Cállese, cálese, teniente! ¡Sé muy bien que lo que usted es: no es más que un traidor! Sí, señor Gómez. ¡Y además de traidor, es un cobarde!

**Teniente:** ¡Defiéndase! (*desabrochando la cartuchera. En ese momento golpea a la puerta el corneta*).

**Corneta:** Aquí está la bandera, mi capitán. Nos conseguimos un trapo blanco; el pedazo rojo lo sacamos de una pollera; el azul, de una blusa, mi capitán. Nos falta la estrella... (*el capitán se marcha*).

**Teniente:** Corneta, haremos una.

Día siguiente. El capitán ordena izar la bandera y luego dispone los preparativos para tender la emboscada a Faúndez. Al mismo tiempo, cancela su diferendo con el teniente invitándolo a tomar un vaso de aguardiente, porque "nos hará falta".

A partir de este punto, *Caliche sangriento* adquiere la textura y los tropos visuales de un *western*. Faúndez y sus hombres llegan a caballo, como una pandilla de forajidos que confía en su refugio. Pero la celada contra ellos se complica porque el montonero comprende que está en una trampa; Soto maneja con destreza la tensión del episodio y su desenlace en la caótica balacera en que caen chilenos y peruanos.

Los seis sobrevivientes del pelotón chileno, que han obtenido los planes de defensa de Tacna desde el morral de Faúndez, marchan ahora

hacia el mar, para entregar esa información vital a los suyos. Otra emboscada elimina a cuatro de ellos, incluyendo al capitán. El teniente y el sargento, montados sobre un caballo exhausto, logran llegar a una salitrera abandonada, donde los balea un oficial peruano que ataca y se esconde.

Esta secuencia tiene la planificación y la visualidad de un *spaghetti western* (teleobjetivos, *zoom*, cortes de primer plano a plano general, encuadres subjetivos, desorientación espacial, sonido amplificado) y parece claro que su propósito narrativo no tiene relación alguna con los discursos ideológicos del segmento anterior, excepto en la decisión del teniente de matar a sangre fría al oficial enemigo. Una decisión que, en todo caso, por la forma en que está filmada, se parece más a la de un pistolero del Oeste que a la de un oficial conciencizado.

Así, es posible dividir *Caliche sangriento* en tres grandes segmentos. El primero es acerca de un grupo de hombres perdidos en una conflagración durísima. El segundo —marcado por las dos discusiones entre el capitán y el teniente— propone unas dudas abstractas acerca del sentido de la guerra. Y el tercero recupera el espíritu inicial mostrando la extensión del sacrificio colectivo.

En el final, el teniente, que cree haber llegado a su destino, es acribillado en una playa del Pacífico. Cae con una bandera en el fusil, y Soto repite varias veces diversos ángulos de su muerte. Su sacrificio ha sido inútil, pero está rodeado de un halo patriótico. No sería posible acusar a *Caliche sangriento* de anti-chilenismo, y cabe conjeturar que, sin los dos únicos debates ideológicos que presenta, hubiese sido entendida mejor como una película antibélica que como una obra política.

Esto explicaría por qué Soto rechazó siempre esta última calificación<sup>8</sup>. Pero es un hecho que esos debates —arbitrarios y artificiales como resultan— están allí. Y se puede entender que en la polarización de los 60

---

<sup>8</sup> "Para ser un cineasta revolucionario, primero hay que ser un buen cineasta". Valparaíso: Revista Primer Plano, N° 1, verano de 1972. Dice Soto: "Quiero decir que *Caliche sangriento* corresponde a un cine anecdótico que no ofrece ningún punto de vista de discusión política. La obra se podría discutir desde el punto de vista de la interpretación histórica de la guerra del 79, pero sin ahondar en ninguna conceptualización de carácter político...".

fuesen vistos por los sectores conservadores como un anticipo de lo que sería una revisión del pasado bajo la luz del materialismo histórico.

Vista hoy, lo que tiene *Caliche sangriento* de materialismo histórico es más que discutible; retórica materialista sería un concepto más apropiado.

Pero esa discusión ha ensombrecido en demasiados momentos su vigoroso esfuerzo por retratar una guerra librada en los límites de la resistencia humana, que debería ser el motivo principal para revisarla<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Al cierre de este texto, el equipo restaurador de *Caliche sangriento* informó a los autores que, aparentemente, Helvio Soto accedió a cortar unos letreros finales que detallaban la cantidad de muertos en la Guerra del Pacífico, que habría sido uno de los temas de preocupación del Ejército de Chile. Un indicio de ello sería el hecho de que las copias existentes en Chile fueron realizadas sin esos letreros, mientras que la copia vendida en Alemania sí los conserva.